

NOSTALGIAS DEL PRESENTE Y DEL PASADO

Vicente vivió en este barrio desde los seis años. A mitad de su primer grado, cambió de escuela y se mudó junto a su familia del campo al barrio del pueblito que lo vio crecer. Después de los dieciocho se fue de allí a la capital para volver dos o tres veces al año, no más de quince días.

Don Alfonso, su padre, recibió la casa de barrio que le dio el gobierno de turno. Vicente recuerda esos años, como años felices. Esa infancia a la luz de la inocencia. La ternura del tiempo sin la preocupación y las responsabilidades del hombre adulto.

Recuerda también que sus preocupaciones eran tener todo listo para el partido de fútbol del domingo. Sabiendo perfectamente que en esos partidos se soporta más una patada en la cara que una derrota. Perder un partido el domingo contra el equipo del otro barrio era la desazón, la embestida para las burlas en la semana.

Pero ganar el partido era esa hermosa rutina dominical de la gloria provisoria, esa vuelta olímpica en la cancha de ocho donde jugaban once. Era ir al kiosco de la esquina y que el equipo perdedor pague las gaseosas y las galletitas caseras de doña Encarnación, era la complacencia de sentirse ganador, de sentirse Labruna, el "Beto" o algún otro jugador de River.

Otra preocupación era la escuela, sabía que una mala nota en la semana y se acababa el partido del domingo y se venía una dosis de misa en la única iglesia con un cura gordito y rezongón. Era también la penitencia de hacer muchas tareas extras y de ayudarlo a Ramoncito con los deberes.

Ahora camina por donde estuvo la canchita, luego de muchos años, la cosa ha cambiado, no mucho, pero ha cambiado... ya no está más ese estadio imaginario, pero si hay un enorme baldío regado de espinos. Desapareció el enorme damasco que hacía sombra a suplentes y espectadores de los partidos, y se construyeron algunas casas.

Recuerda también con nostalgia las conversaciones con don Peñafil, el hombre que había armado su casa con chapas viejas, a dos pasos de la canchita. Sabe que murió hace dos inviernos atrás a los ochenta y tres años, en la misma casa pequeña. Después de su muerte, la municipalidad desarmó esa pocilga... todos decían que estaba llenas de pulgas, aunque todos también querían saber qué tenía allí adentro.

Para sorpresa de muchos, según le contaron a Vicente, allí tenía don Peñafil guardado en cajas de madera varias fotos en las que, en muchas de ellas, salía un hombre joven y una mujer hermosa de su misma edad y un niño en el regazo del hombre. Don Peñafil, nunca habló si había tenido o no familia y cómo fue que había llegado a este pueblo, para quedarse a vivir en él tantos años... todo en él era un misterio, situación que en algunos aspectos se develó con su muerte, ya que pudieron ingresar los vecinos y autoridades municipal al rancho, y ver lo que tenía allí... También allí entre vecinos y autoridades, se decidió que muchas de esas fotos, y elementos que había en la casilla fueran a parar al museo que pronto se abriría en un sitio que la Municipalidad ha dispuesto para organizarlo.

Entre otras cosas lo que recuerda Vicente de este sabio linyera, es que un día antes de irse a la ciudad vino conversar con él. Le comentó que se iba a estudiar a la universidad, y sabía que eso

cambiaría mucho su vida. Ese hombre pelilargo, con barba densa y a veces muy sucio le dijo: “mire amigo, usted vaya a estudiar, está muy bien que lo haga, podrá ser alguien y vivir un poco mejor de lo que se vive aquí, pero nunca se olvide que un título no hace a la persona... además otra cosa, mírese las manos y verá que ningún dedo es igual, así son las personas como los dedos de las manos, ninguno igual, pero se necesitan uno de otro”.

Ya averiguó donde está enterrado para ir a visitarlo en su tumba...

El barrio en sí, no ha cambiado mucho, es como si hubiera quedado detenido. Lo triste de la situación es que han muerto algunos de sus vecinos, por ejemplo don Gallardo... El tuerto Gallardo, así le decían todos aquí, ya que siendo niño había perdido un ojo por un accidente, aunque le gustaba relatar -con cierto humor- que lo había perdido en la guerra contra los nazis.

El Tuerto le prestaba algunos libros a él y a otros chicos del barrio, tenía más de tres mil libros en su casa. Si bien, don Gallardo fue hasta tercer grado, era una persona muy culta, siempre le repetía “la única herencia de la que me siento orgulloso de dejar a mis hijos y mis nietos, son estas pilas de libros, el resto de las cosas materiales no les van a servir para nada...”.

La casa de don Gallardo está como abandonada, no se ve gente... Vicente camina y va viendo otros viejos paisajes de las cuadras por las que anda a paso lento... observa el nuevo cartel de la peluquería de don Pedro, que a todos les cortaba igual, ahora atendida por su hijo.

Ya no está más la carnicería y venta de quinielas... se ríe para sí mismo: “menos mal, la carne era más dura que una suela de alpargata, y el viejo Pernía jamás daba la plata de algún premio si de casualidad pegaban un número a la cabeza o a los diez”.

Sigue caminando por la polvorienta calle y da con la plaza en la que de niño jugó tantas veces en los columpios o en el tobogán, o a la pelota cuando no los dejaban jugar en la canchita porque estaban los más grandes, o cuando de adolescente iba con su novia y se sentaban en los incómodos bancos hasta que venía el hermano de Mara y le avisaba que el papá la andaba buscando para cenar.

Ve que a la plaza le pusieron nombre, antes nunca lo tuvo o por lo menos nunca supo cómo se llamaba. Está bautizada con monolito y todo como “Plaza María Teresa de Calcuta”. Se sienta en uno los bancos, y recuerda que de allí se ve la casa de Mara... y aún la casa está como inmune al paso del tiempo... rodeada con los mismos ligustrines, pintada solamente de un color diferente al color de aquellos años.

Recuerda a Mara, la primera novia, los primeros dolores en el alma, las primeras discusiones, las primeras caricias y besos muchas de las conversaciones que ellos tuvieron aún perduran, esas promesas hechas cuando eran apenas unos niños intentando descubrir el mundo, intentando descubrirse a sí mismos. Esos años felices, esos años vividos que se iluminan como relámpagos.

Casi no recuerda por qué dejaron de ser novios, seguramente estupidez de primer amor, celos sin sentido, hechos que parecieron traición aún cuando no lo fueran, pero que a cierta edad y con la inexperiencia parece imperdonable. “Seguramente el equivocado fui yo” piensa con culpa, mientras sostiene la mirada en portal de la casa.

Consulta el reloj... la recuerda a Mara linda, con voz suave, hermosa como estatua; la recuerda paciente, un poco callada y con un gran sentido del humor, siempre contando alguna historia escuchada por allí.

Su primer amor. Dos años de noviazgos. Quizás nunca más Vicente volvió a sentir ese amor... de dos seres inocentes que se están conociendo y prometiendo el mundo, con cada palabra inundada de enorme sentido, con cada silencio cargado de desazón. Posiblemente, después del amor de ella, ya nada podría ser igual. Y Vicente está convencido que no lo fue.

El mundo fue cambiando y ellos también. Las necesidades de construir otra cosa, la sensación de que para ganar algo hay que perder fue haciendo estragos en ese amor de primera juventud... los golpes que la vida les daría después nada han tenido que ver con esos pequeños golpes, los de aquellos años, cuando se protegían, cuando se sentían queridos.

Vicente sabe que Mara se casó con un ingeniero que trabajaba en los campos del ricachón del pueblo y que ese amor no fue bueno, duraron poco, se separaron pocos años después de que él se fuera a estudiar. Después, una o dos veces se volvieron a ver, y ninguna en estos últimos quince años.

Mara también supo que Vicente se casó con Betina, una médica de la capital que conoció en la universidad. Sabe también que por alguna razón no han podido tener hijos... Y que don Alfonso y doña Irma viven en una casa que Vicente compró para ellos en una ciudad pequeña cerca de la capital. Sabe perfectamente que a ambos les fue muy bien en lo profesional.

Vuelve a mirar el reloj y ya son las diez de la mañana de este hermoso día de verano, no hay nadie en la calle, sólo algunos niños regando los patios y veredas. Camina de regreso hacia la casa donde habitó por tantos años, años de niñez y primera juventud... y con un poco de tristeza, recuerda que el escribano estará pronto a llegar o ya estará esperándolo.